

margen N° 6 – agosto 1994

A CINCO AÑOS DEL SUPERMERCADAZO:

La semana que conmovió a la Argentina

Por Alejandro Guerrero
Alejandro Guerrero. Periodista

"Era el subsuelo de la patria, sublevado"
Raúl Scalabrini Ortiz

"Hasta el domingo 28 de mayo (de 1989) había dos mitos en la Argentina. Uno decía que aquí los pobres comían aún en la peor de las crisis, y el otro que la paciencia popular para soportar malos gobiernos era infinita.

Uno y otro saltaron en pedazos junto con las vidrieras de los supermercados en este otoño implacable"
Joaquín Morales Solá ("Clarín", 31/5/1989)

¿Por que escribir sobre el supermercadazo cinco años después?

Tiempo atrás, Oscar Lescano, cuando aún era jefe de una CGT entonces unificada, declaró: "queremos evitar una reacción social como la de 1989, como los asaltos a supermercados, que sería incontrolable".

Por eso es necesario analizar nuevamente aquellos sucesos de hace un lustro, porque se trató, como decía Lescano, de una "reacción social incontrolable". De ahí que un jerarca gremial subordinado al régimen político y económico del cual obtiene todos sus beneficios -él mismo controlador social por excelencia- se preocupe tanto por evitar que una cosa así se repita.

El ataque popular masivo a los supermercados quebró, siquiera fugazmente, todo el orden social, económico, político y jurídico. Por eso hasta el día de hoy aquellos acontecimientos siguen asustando a todos los que viven de ese orden. Se trata de un fantasma que continúa presente, de un hecho del pasado que tiene eficacia en la actualidad. Es hora, a juicio nuestro, de terminar con el fantasma y de analizar esos sucesos desde el punto de vista de la economía política y de la política.

En ese plano se hace obligatoria una reflexión, o, mejor dicho. una aclaración que evite engaños.

Este no será, ni podría ser, un análisis pretendidamente aséptico u objetivo. No hay asepsia ni objetividad posible cuando fuerzas sociales gigantescas se levantan y chocan entre sí con semejante

violencia. En esos casos, quien diga que no toma partido no hace más que confesar que es inconfesable el partido que toma.

Por ejemplo, la democracia greco-romana de la antigüedad, aún en los breves períodos durante los cuales funcionó en plenitud, era la democracia que los esclavistas se concedían entre sí. Empero, las continuas guerras serviles muestran que aquel régimen se sustentaba en la férrea dictadura de los esclavistas sobre los esclavos. Se trataba, pues, de un orden social democrático o dictatorial según se lo observara desde el punto de vista del César o desde el punto de vista de Espartaco.

Una cuestión más. Los compañeros que hacen el esfuerzo de editar Margen, y quienes de vez en vez colaboramos con ellos, intentan -intentamos- aproximarnos a la ciencia social. Queremos, en ese aspecto, ofrecer a la polémica nuestro parecer -el del autor de este artículo- sobre el asunto. El objetivo general de las ciencias no es el conocimiento puro, sino la transformación del objeto de estudio. El doctor Koch no estudió el bacilo de la tuberculosis por una simple inquietud intelectual, sino para crear la vacuna y curar la enfermedad.

En el caso de las ciencias sociales el objeto de estudio es la sociedad, y ella es también el objeto a transformar. "No se trata de interpretar el mundo, sino de transformarlo", dice la XI tesis de Marx sobre Feuerbach. Esa es, pues, la intención con la cual abordamos el estudio de los fenómenos sociales: la búsqueda del modo de operar sobre ellos y de las herramientas imprescindibles a esa operación.

Los asaltos a supermercados en 1989 constituyeron un hecho de violencia extrema. La violencia, creemos, no es buena ni mala en sí misma. No tienen el mismo signo la violencia del esclavista contra el esclavo que la de éste contra el esclavista, aunque el pensamiento dietético de moda en estos días trate de equiparar a la una con la otra. Tales "pensadores" se detienen en la superficie de las cosas, y dicen, por ejemplo, que la violencia revolucionaria y la contrarrevolucionaria suelen emplear métodos similares.

En efecto, si dos ejércitos enemigos no tuvieran similitudes y hasta cierta simetría no podrían combatirse. La esencia del asunto, sostenemos nosotros, radica en determinar qué intereses históricos expresa cada una de las fuerzas en pugna. Quien esto escribe está convencido de la necesidad de tomar parte decididamente por la violencia del esclavo contra el esclavista, del oprimido contra el opresor, y, es más, de pugnar por organizar esa violencia, por transformarla en conciencia política, en lucha de clases.

Los trabajadores de Santiago del Estero, por citar un ejemplo, organizan la huelga, hacen frente a la policía y la corren de la calle y ocupan e incendian los edificios en los cuales ven un símbolo de su miseria. Mientras escribimos esto, esos mismos trabajadores, junto con todos los del noroeste, preparan una marcha masiva sobre Buenos Aires que seguramente hará sentir su efecto en el conurbano bonaerense. El gobierno se dispone a crear su supersecretaría de represión en respuesta directa a tales movimientos. Todo esto es, a su modo, continuación de los hechos de 1989 en un plano organizativo superior ¿se puede hacer un análisis neutral de esa lucha, es posible no tomar partido? Aclarado esto, vamos al asunto que nos ocupa.

Recordatorio

El jueves 25 de mayo de 1989, mientras poblaciones cordobesas comenzaban ya a ocupar supermercados, el barrio rosarino 7 de Setiembre organizó una manifestación sobre el autoservicio "La Gallega", reprimida por la policía. De inmediato, una asamblea barrial decidió convocar a una mar-

cha de repudio contra los atropellos policiales. que debía hacerse el domingo 28. Ya el miércoles 24 los cacerolazos habían recorrido los barrios del sur y del centro de Rosario. Armando Cavalieri (el mismo que gastó 100 mil dólares en sus últimas vacaciones caribeñas, según informes periodísticos) dijo entonces que algún pequeño grupo de extrema izquierda promovía "saqueos". Alsogaray gritaba su susto a los cuatro vientos, y exigía represión: sabido es que no hay peor fascista que un liberal asustado.

En definitiva, la manifestación de aquel domingo fue mas allá de un simple repudio a la represión. Impulsados por el hambre, los vecinos se lanzaron a la ocupación de supermercados Y por lo menos diez de ellos fueron vaciados. La policía se vio desbordada y debió replegarse. En la mañana del lunes 29 -aniversario del Cordobazo, casualmente- la insurgencia popular se había extendido a toda la ciudad. Por la tarde llegaron los gendarmes.

La televisión rosarina mostraba imágenes de lo que sucedía, y en una de ellas se veía a una mujer entre la multitud cuando salía del supermercado tomado, llena su bolsa de alimentos "¿Por qué hace esto, señora?", preguntó el periodista. "Porque mi marido es policía y no tenemos para comer", fue la respuesta. Ese mismo día la represión policial comenzó a mostrar síntomas de resquebrajamiento severo. Los diarios explicaban que los agentes tiraban algún que otro gas como por compromiso, y luego indicaban a los manifestantes cómo contrarrestar su efecto. En otros casos la fuerza policial ponía cierto orden en los saqueos, sin impedirlos. Rápidamente, ante ese panorama, el gobernador peronista Víctor Reviglio pidió el auxilio de la Gendarmería, que le fue enviada de inmediato .

También el lunes 29 los municipales en huelga organizaron una concentración al comenzar su paro por 72 horas, y marcharon más de 2 mil trabajadores. Paralelamente, las acciones barriales contra los supermercados se multiplicaban sin cesar. Ese día, a las 15.30, los gendarmes abrieron fuego contra una multitud que se dirigía al supermercado "Tigre", hacia un autoservicio y a un depósito mayorista de alimentos próximos a la esquina de La Paz y Alem. Mientras tanto, el Gran Buenos Aires era un polvorín y en distintas barriadas se multiplicaban las tomas de supermercados. Sin embargo, el epicentro del estallido era Rosario.

El martes 30 la lucha recrudeció. Nuevos enfrentamientos y reagrupamientos de hasta 2 mil personas sobre un mismo supermercado (se tomaron más de 4.300 comercios en todo Rosario) hicieron retroceder una y otra vez a la policía y a los gendarmes.

El miércoles 31 comenzó el reflujó. Más de 1.400 detenidos, decenas de muertos, centenares de heridos y más de 4 mil comercios vaciados, hablan de una movilización superior a las 300 mil personas en una ciudad de 1 millón de habitantes. La masividad del fenómeno es suficiente para aplastar cualquier argumento de las mentalidades policiales, que en los grandes movimientos populares sólo consiguen ver la acción de algún grupo de conspiradores.

Antecedentes del desastre

Debe recordarse el principio teórico de que el papel moneda carece de valor por sí mismo, es una abstracción que sólo vale en tanto y en cuanto representa riquezas que, en la economía capitalista, toman la forma de mercancías. En épocas de recesión -hay que subrayar que se trata de un fenómeno internacional- cuando la producción descende, la pérdida de valor del dinero es una constante. En efecto, si baja la cantidad de riquezas (mercancías) representadas por el dinero, la moneda tiende a transformarse en una montaña de papel inservible. Esa tendencia sólo puede contrarrestarse con la caída del consumo.

Ese fenómeno mundial se refleja, con consecuencias extremas, en una economía atrasada como la argentina. En ese marco general, nuestro país, como otros de similar condición, presenta particularidades que aceleran la crisis y hacen que el desastre constituya aquí un peligro permanente. Una de esas particularidades es el costo insostenible de la deuda exterior, a cuya ejecución hipotecaria asistimos hoy.

La administración Alfonsín giró al extranjero 18 mil millones de dólares en cinco años, más de lo que gobierno alguno haya pagado en toda la historia económica del país (ese flujo de fondos enviados al exterior sólo fue superado después por Menem). Sin embargo, al final de su gobierno -abrupto final, como se recordará- el radicalismo se encontró con que se debían 22 mil millones de dólares más que en 1984. De ahí que el propio Alfonsín sostuviera en su momento que la deuda era "incobrable e impagable", lo cual no impidió que toda la gestión radical se redujera a cumplir ese propósito: pagar lo que el Presidente decía que no se podía pagar.

Por lo demás en la Argentina no hay deuda externa privada, cuya absorción por el Estado fue impuesta por el FMI pocos meses antes de asumir Alfonsín, y Domingo Cavallo, entonces director del Central, fue el encargado de ejecutar la medida. Aquella fue una conquista formidable del capital financiero internacional, ya que se trasladaron a la Nación -esto es al conjunto de la sociedad y básicamente a la población trabajadora- deudas de particulares, de grandes empresarios, contraídas en su mayoría durante la dictadura militar. Se trató de una suerte de socialismo al revés: se "socializaron" los pasivos al tiempo que se privatizaban y se privatizan empresas públicas, riquezas naturales y, en fin, hasta la última joya de la abuela.

Ahora bien ¿de dónde sacaba el Estado los dineros necesarios para pagar a los bancos? ¿de dónde salieron aquellos 18 mil millones de dólares girados al exterior? Los asesores económicos de la CGT publicaron por entonces un dato escalofriante: los trabajadores habían perdido 25 mil millones de dólares durante el gobierno radical, debido al retroceso salarial. Ese dinero fue a parar al bolsillo de los banqueros, es decir a las mesas de dinero, a la especulación, a la timba financiera.

De ahí, del circuito financiero, el Estado tomó el dinero reclamado por los acreedores externos. Eso, por cierto, no es gratis: los bancos no regalan plata, la prestan a intereses usurarios, igual que los particulares. Así, el equipo Sourrouille emitió, uno detrás de otro, innumerable cantidad de bonos que le permitieron captar fondos y girarlos al exterior. Por eso, junto con la deuda externa, creció una enorme deuda interna. Como el Banco Central no tenía dinero a la hora de pagar esos bonos, debía refinanciarlos, endeudarse más y más y acudir, claro está, a la impresora de billetes. En esos días, Cavallo, entonces diputado, advirtió que aquel bicicleteo agregaba 10 o 15 puntos mensuales a la inflación.

El capital financiero y todas las variantes de la patronal criolla apuntaron siempre a los gastos públicos a la hora de buscar los orígenes de la inflación. Todos ellos siempre hablaron de la elevada cantidad de empleados estatales y clamaron por su reducción. Hoy Menem y Cavallo son, por cuenta de la banca acreedora, decididos defensores de esa tesis y ejecutores del desmantelamiento del aparato estatal.

En verdad, resulta incontestable que los enormes gastos parasitarios del Estado han promovido históricamente una hemorragia financiera y constituido un poderoso motor inflacionario. Pero es absolutamente falso que haya que buscar el origen de esa situación en el tamaño del aparato estatal y menos aún en los sueldos miserables de la administración pública.

El Estado pagaba en tiempos de Alfonsín, en concepto de sueldos y servicios, sin contar a las fuerzas armadas, el equivalente a ocho puntos del producto bruto interno. Al mismo tiempo, el

pago de servicios de las deudas interna y de la externa era igual a siete puntos de ese PBI. Es decir que si el Estado no pagara sueldos y los empleados públicos trabajaran gratis; si no se prestara ningún servicio, ni sanitario, ni educacional, ni policial, si fuera éste un Estado anarquista, el presupuesto público estaría apenas equilibrado. Ahí estaba y está, en la deuda externa, en los festivales de bonos, en la bicicleta financiera y, en estos días, en la bola de nieve del nuevo endeudamiento, el gran agujero negro de la economía argentina.

La hiperinflación

Recordemos que la inflación, en junio de 1989, tocó el 214 por ciento. Resulta preciso tener en cuenta que cuando el índice inflacionario supera el 70 u 80 por ciento mensual, el dinero deja de existir en la Argentina: he ahí la hiperinflación. El país quedó sin moneda, los australes se convirtieron en astillas de un sistema monetario que había saltado en pedazos. Los economistas denominan "desmonetización" a ese fenómeno.

En otras palabras: en presencia de la hiperinflación, el sistema de precios queda destruido. Quien se propone vender a 40 debe reponer esa misma mercancía a 80, por eso vende a 120 y el proceso se alimenta a sí mismo. Semejante situación empuja a la quiebra al comerciante pequeño y al mediano, al tiempo que fortalece a los grandes pulpos comerciales por sus mejores condiciones de compra y acaparamiento, incluso por su capacidad de vender a pérdida mientras sus competidores se destrozan: en ese plano también funciona la concentración monopólica de capitales.

La ruptura del sistema de precios y la desmonetización hacen que los capitalistas retengan sus productos -transformados en divisa fuerte- o que directamente detengan la producción cuyo costo ya no puede establecerse (el 15 de junio de 1989 la AOT denunció la suspensión o el despido de 30 mil obreros textiles). El Banco Central agotó sus reservas de libre disponibilidad y, en fin, la economía toda entró en situación de colapso. ¿Cómo se había llegado a ese extremo?

La base de la cuestión debe buscarse en la infraestructura económica del país: su papel en la crisis mundial, la deuda externa, los gastos financieros del Estado (en 1993 han crecido como nunca antes por el pago de servicios y de capital de la deuda exterior, a pesar del despido de 300 mil empleados públicos), la debilidad del aparato productivo incapaz de competir con la producción importada. Era inevitable, como ahora, que tarde o temprano todo el esquema zozobrara.

El estallido hiperinflacionario de 1989 fue simplemente acelerado por la irresponsabilidad burguesa de la administración radical, que despilfarró 2 mil millones de dólares tras el intento imposible de ganar las elecciones del 14 de mayo de ese año. Es más: incluso el adelantamiento de la fecha electoral (en principio se iba a votar en agosto) obedeció al cálculo político de cuánto tiempo podría soportar de pie el festival de dólares.

El Plan Primavera, sucesor destartado del Austral, había dado a los importadores un dólar barato gracias a las licitaciones de divisas del Banco Central. y el gobierno pudo anudar entonces un precario acuerdo de precios con la Unión Industrial. Eso no podía durar mucho. esa sangría financiera tenía que estallar inevitablemente, puesto que el Tesoro no recibía el flujo de capitales externos que permite hoy a Cavallo sostener, siquiera de prestado, la convertibilidad cambiaria de 1 x 1.

En términos políticos, el asunto puede explicarse así: mientras Juan Vital Sourrouille fue el ministro de toda la burguesía, sus planes más o menos funcionaron por el respaldo de una patronal a la cual daba lo mismo la victoria radical o la peronista. Claro está que a la UCR y al PJ no les daba lo mismo quién ganara las elecciones.

Así, cuando Sourrouille pretendió desvincularse de las necesidades del conjunto de la patronal y quiso atender prioritariamente los intereses de su propio partido, se encontró con límites económicos insalvables. El primero de ellos fue el hecho ya señalado de que la deuda externa pública, que no podía pagarse con una recaudación fiscal del todo insuficiente, había construido -festival de bonos mediante- una gigantesca deuda interna, instrumento financiero de los pagos al exterior. Ese mecanismo disparó a las nubes la tasa de interés y en un momento el Estado se encontró con que no disponía de suficiente masa física de dinero para hacer frente siquiera a sus propios gastos y costos financieros.

Esas elevadísimas tasas y un dólar comprimido permitieron un negocio excelente: invertir en australes y obtener una enorme ganancia en divisas (banqueros que habían invertido 375 millones de dólares en agosto de 1988 tenían 500 millones en febrero de 1989). Por supuesto la tentación de "dolarizar" los beneficios era permanente, ya que la moneda nacional y hasta el sistema bancario amenazaban entrar en crisis en cualquier momento, como finalmente sucedió.

Esa situación tenía que conducir más o menos rápidamente a una suspensión de pagos de la deuda interna y a severas limitaciones bancarias (se prohibió retirar depósitos para evitar corridas). El dilema del capitalista era entonces: ¿cuándo pasarse al dólar? Ese dilema hizo que los exportadores, preventivamente y con intención de protegerse, dejaran de liquidar divisas. Así se aceleró el fenómeno, se produjo el colapso del 6 de febrero y la Unión Cívica Radical se convirtió en una cueva de pequeño burgueses asustados.

Faltaba circulante y cuanto más dinero se imprimía más se incrementaban las tasas y la hiperinflación: en verdad no se imprimía moneda, sólo se lanzaba a la calle un montón de papel mojado. Todo el circulante no alcanzaba siquiera para pagar los bonos de la deuda interna. Lógicamente la economía se dolarizó; la divisa norteamericana quedó convertida en el único punto de referencia dinerario. Pero, como no había dólares ni para atender las operaciones externas, sobrevino el segundo momento de la hiperinflación: la caída brutal del consumo.

Ahora bien ¿cuál fue el único límite que encontró esa caída? Simplemente, la toma de supermercados por el pueblo hambriento.

Economía y lucha de clases

Marx distingue cuatro momentos básicos en el proceso económico: 1) producción; 2) distribución; 3) cambio; 4) realización de la mercancía en el mercado (consumo). Cuando el movimiento obrero organiza la huelga, con ello detiene la apropiación de plusvalía y paraliza la base material de la explotación capitalista. El mismo Marx dice que la huelga "sitia la bolsa burguesa no para asaltarla sino para abrirla".

En aquél momento particular de la situación política argentina, cuando, más o menos como hoy, el clasismo carecía de posiciones sindicales importantes y el cerrado bloqueo de la burocracia ponía un chaleco de fuerza a la voluntad de lucha del movimiento obrero; cuando la desocupación y el enorme ejército de reserva comprimían el salario y atentaban contra la posibilidad de una recomposición profunda de la clase en las unidades productivas, en las fábricas, y por tanto la tendencia a la huelga general sufría innumerables obstáculos y condiciones adversas, el hambre se hizo desesperación y lanzó a trabajadores y a desocupados contra el último eslabón de la cadena descrita por Marx.

Los ataques masivos contra supermercados no se producían, claro está, en cualquier momento,

sino en medio de la hiperinflación y de una marcada tendencia a la disgregación de la burguesía, cuando la propia clase dominante admitía la ausencia de gobierno en la Argentina y debía echar mano a esa peculiar forma de golpe de estado que fue el adelantamiento del traspaso presidencial.

Primera deducción clave que surge de todo el asunto: a su modo, las masas salieron entonces a solucionar con sus propias manos el problema del hambre. Esa fue la principal experiencia que la acción sobre los supermercados incorporó al arsenal de la población empobrecida; para comer hay que pelear, y cuando se pelea aparece la comida y hasta se modera por un momento la remarcación de precios.

Cuando, poco después de aquellos sucesos fue detenido en una provocación gubernamental y policial de grosería inaudita, Jorge Altamira declaró ante el juez Larrambeberé que su partido fue "el que con más fuerza se opuso a los saqueos". No era verdad, la Gendarmería se opuso con más fuerza aún que Altamira. Pero, de todos modos, él coincidía con Alfonsín, Pugliese y Menem en su condena a lo que todos ellos llamaban "saqueos" ¿Cuál era la diferencia entre uno y otros? Sólo el método: Altamira repudiaba el estado de sitio y se proponía a sí mismo para apagar el incendio. El gobierno no creyó, y esto era muy razonable, que alguien fuese capaz de contener aquella situación y acudió al palo y a la bala contra la insurgencia popular. He ahí los extremos del arco democratizante.

Alguien habló entonces del derecho a la rebelión. Pues bien, ése era el derecho que las masas hundidas en la miseria comenzaban a ejercer. Pero era algo más aún: trabajadores y desocupados no sólo sacaban de los supermercados el pan que no podían sacar del salario; además imponían en las calles la democracia política negada por el régimen. El pueblo argentino tomaba en sus manos la resolución del más elemental de los derechos democráticos: el derecho a comer.

Alfonsín había anunciado en 1985 el establecimiento de una "economía de guerra" en el país. En junio de 1989 sólo era preciso observar el origen de clase de los 14 muertos y de los 80 heridos que admitió el gobierno, y de los miles de detenidos hacinados en campos de concentración como el que se instaló en la Sociedad Rural rosarina; ver quiénes eran esos muertos y quiénes los heridos y los presos, dónde trabajaban, en qué barrios vivían y cómo vestían, para saber contra quién era la guerra declarada por el presidente de la República.

Por lo demás, como siempre sucede en momentos de extrema convulsión social, el parlamento quedó entonces, ante la vista de todos, como lo que en realidad es: un antro de parásitos donde no se resuelve nada (desde ese punto de vista, la dictadura del Ejecutivo sobre el Legislativo consolidada por Menem no hace más que colocar a las Cámaras en el sitio que la realidad política del país les ha asignado). La política oficial en 1989, como ahora ocurre con el FMI y con la embajada norteamericana, no se discutía en el parlamento: se decidía con las delegaciones de la banca acreedora, con el grupo empresarial de los ocho, con los capitanes de la industria, con Bunge & Born. El ministro de Economía (Jesús Rodríguez había reemplazado de apuro a Juan Carlos Pugliese) se transformó entonces en un simple escribano público cuya función era dar fe de que las charlas privadas del oficialismo con las grandes corporaciones constituían actos de gobierno. Así las cosas, el verdadero debate democrático en la Argentina se trasladó a las calles, a los supermercados asaltados por la insurgencia popular.

En cuanto a la Unión Cívica Radical, al transformar su gobierno en dictadura terrorista durante aquella nueva Semana Trágica, no hizo más que seguir una vieja tradición partidaria. El radicalismo siempre tuvo con el descontento popular y con las luchas obreras una relación básicamente represiva. Incluso el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen demostró que los palos radicales sólo conocen una única dirección, y que antes de dirigirlos en otro sentido prefieren irse. Por ejemplo, el mi-

nistro de Guerra en 1930. el Teniente general Luis Dellepiane, uno de los que habían ametrallado a los obreros de Vasena en 1919, renunció días antes del golpe de Uriburu porque Yrigoyen no lo autorizó a detener a los conspiradores, cuya lista completa él había confeccionado.

La ocupación de los supermercados, la recuperación por las masas de la comida negada por los capitalistas, tendía a fracturar a la sociedad argentina, abría una crisis inédita en el país y una de sus peculiaridades era que carecía por completo de representación parlamentaria y que ninguno de los partidos reconocidos se hacía cargo de aquel imponente levantamiento popular.

Por su parte, el peronismo históricamente se ha proclamado el partido del descontento, de los pobres, de los descamisados y las multitudes empobrecidas constituyen desde hace 50 años su base electoral y su fuerza política. En 1989 sus diputados votaron a mano alzada en favor del estado de sitio contra los muertos de hambre y, por primera vez en la historia argentina, un presidente electo, un presidente que aún no había asumido su cargo, ordenaba a las tropas que dispararan contra pobladores de barrios en los cuales el peronismo había ganado con el 70 u 80 por ciento de los votos.

Los habitantes de esas barriadas populares, que en cuanto ciudadanos habían votado por Menem en la soledad del cuarto oscuro, volvieron a votar apenas una quincena más tarde, esta vez contra el peronismo y contra todo el orden social, cuando actuaron en masa y se lanzaron contra los supermercados. Lenin decía que los campesinos rusos habían votado contra la guerra ¿Cómo que votaron, cuándo se hizo ese plebiscito? preguntaron sus adversarios. "Votaron con los pies, se fueron del frente", contestó el revolucionario.

Ese fue también el voto de los pauperizados argentinos: votaron con los pies y con las manos contra el hambre radical, peronista y liberal. Con todas sus contradicciones, con sus distintos niveles de organización y con los diferentes estadios en la evolución de la conciencia de los oprimidos que se expresa en cada tipo de combate, aquella pueblada se prolonga en grandes movimientos como la huelga ferroviaria de 1991, en levantamientos populares como el de Santiago del Estero en diciembre del año pasado, en las huelgas actuales del noroeste que empiezan a hacer sentir sus reyezones en el Gran Buenos Aires (Sevel, Renault, Autolatina, entre otros), en fin, en cada movilización del movimiento obrero argentino, mil veces traicionado y en ocasiones hasta masacrado, pero de pie y en pelea aún en las peores condiciones, como ahora.